

CAPACIDAD DE LA MENTE HUMANA PARA ALCANZAR EL SER DE LAS COSAS, HASTA EL MISMO ESSE SUBSISTENS

IV

DEL SER DE LAS COSAS A DIOS

17. — Del ser trascendente inmediatamente dado al Ser en sí de Dios

Una vez que la inteligencia ha alcanzado la aprehensión del ser trascendente, los entes contingentes inmediatamente dados, es decir, los entes que como son podrían no ser, el conocimiento de Dios se alcanza mediante el principio de causalidad eficiente: "todo lo que comienza a existir o existe contingentemente debe tener una causa".

Este principio es analítico o evidente por sí mismo. Porque analítico no es únicamente el juicio en que el predicado está formalmente contenido en el sujeto —como pretende Kant— sino también cuando en el sujeto hay una exigencia esencial del predicado.

Y esto es precisamente lo que sucede con el principio de causalidad: lo que comienza a existir o existe contingentemente —es decir que así como existe podría no existir, que no tiene en sí la razón de existir— no puede darse a sí mismo el ser o el existir, sino que lo tiene que recibir de otro que ya lo posea; y si éste a su vez lo ha recibido de otro, es decir, es también contingente, supone otro ser que se lo haya dado. Pero en esta serie de dependencia causal no se puede ir al infinito, porque si no hubiera un primero, que existe por sí mismo, es decir, un Ser necesario o que es el Acto de Ser, que existe en sí mismo, nada habría llegado a existir, sólo sería la nada absoluta.

He aquí cómo lo expone brevemente Santo Tomás "Todo lo que conviene a alguna cosa, o bien es causado por los principios de su naturaleza como lo visible en el hombre, o bien le adviene por un principio extrínseco, como la luz en el aire por influencia del sol. Y no puede ocurrir que la existencia —acto de ser— sea causada por la propia forma o quiddidad de la cosa —por la esencia—, porque en este caso la cosa sería causa de sí misma y se daría la existencia a sí misma, lo cual es imposible. Por lo cual es necesario que toda cosa, cuya existencia sea distinta de su naturaleza —esencia—, tenga la existencia por otro. Y puesto que todo lo que existe por otro se reduce a lo que existe por sí mismo, como a una causa primera, es necesario, por consiguiente, que haya alguna cosa que sea causa del ser de todas las cosas, porque ella misma es sólo existencia —Esse—; de otro modo habría que recurrir a una serie infinita de causas, ya que toda cosa que no es sólo existencia tiene una causa de su existencia, como se ha dicho. Es manifiesto, por tanto, que la inteligencia —el ángel— es forma —esencia— y existencia y que recibe su existencia de un pri-

mer ser, el cual es sólo ser o Existencia, y esta es la Causa primera que es Dios"¹.

Y tomando este mismo argumento en la tercera vía de la Suma Teológica, dice el Aquinate: "Es imposible que todas las cosas que son tales —contingentes—, sean siempre: porque lo que es posible que no sea, alguna vez no es. Si por consiguiente todas las cosas son posibles que no sean, alguna vez nada fue en las cosas. Pero si esto es verdadero, también ahora nada sería: porque lo que no es, no comienza a ser sino por algo que es; si por consiguiente nada fue ser, fue imposible que algo comenzara a ser, y de este modo nada sería; lo cual es evidentemente falso. Por consiguiente, todos los entes no son puramente posibles, sino que algo es necesario en las cosas. (...) Por consiguiente, es necesario poner algo que sea Necesario por sí mismo (...); que es lo que todos llaman Dios"².

Brevemente, desde que algo existe o existe por sí mismo y es el Acto puro de Ser, Dios, o supone este Acto puro de ser, sin el cual nada habría llegado a ser.

O existe el Ser necesario, que existe por sí mismo o nada existiría. Pero existe algo: los entes contingentes, luego existe el Ser necesario.

Santo Tomás da otros argumentos o "vías"; pero con este solo argumento basta para este trabajo. Porque si la inteligencia aprehende el ser trascendente inmediatamente dado, que es contingente, desde él debe llegar necesariamente al Ser en sí, al Acto puro de Ser, Dios, sin el cual aquel ser contingente inmediatamente dado no sería. O Dios o la nada absoluta. Pero hay ser trascendente inmediatamente dado a la inteligencia, luego hay un Ser en sí, un Acto Puro de Ser, un Esse, que es Dios.

18.— Apéndice

a) Sobre la Hermenéutica

En nuestro trabajo nos hemos referido a diversas posiciones, que, por desconocer la abstracción, por un exceso o por otro, conducen al inmanentismo. Así el empirismo, el racionalismo, el trascendentalismo kantiano, la fenomenología y el existencialismo no llegan a aprehender la realidad trascendente, el objeto tal cual es él es realmente en sí.

Actualmente la Hermenéutica deforma de otro modo la objetividad y aprehensión del ser trascendente del conocimiento humano, tal cual él realmente es. Ricoeur y principalmente Gadamer han instaurado esta nueva posición filosófica.

Según la Hermenéutica, el conocimiento aprehende la realidad trascendente, pero sólo a través de sus condiciones a priori subjetivas inherentes al acto cognoscente; como dice la palabra Hermenéutica, más que una aprehensión se trata de una interpretación del objeto.

¹ De ente et ess. C. v, a. 4.

² S. Th., I, 2, 3.

La inteligencia no aprehende la realidad como ella es, sino como ella es concebida subjetivamente, es decir, como es interpretada por el sujeto. En definitiva, se trata de un retorno de otro modo al idealismo trascendental: únicamente se conoce la realidad a través de las condiciones subjetivas o trascendentales del sujeto. La realidad en sí, como ella realmente es, queda más allá del alcance del conocimiento humano condicionado por su modo subjetivo de aprehenderla.

Este apriori está muy lejos de ser el apriori tomista, al cual nos hemos referido en el trabajo, que sólo ilumina o confiere inteligibilidad al objeto mediante la acción del entendimiento agente, sin deformarlo. Al abstraerlo de la materia individual, la esencia logra su inteligibilidad en acto, de un modo abstracto, pero sin deformación alguna en su realidad trascendente. Por eso, en el concepto objetivo —medium in quo— la inteligencia aprehende el objeto trascendente tal cual él realmente es, bajo algunas de sus facetas esenciales. Luego, al integrar este concepto o faceta en la realidad individual concreta, mediante el juicio, la inteligencia la conoce tal cual ella es sin deformación alguna. El medio apriori subjetivo no modifica en nada la realidad aprehendida.

En cambio, la Hermenéutica supone un apriori que impregna de subjetivismo al conocimiento de la realidad trascendente. La aprehensión de esta realidad trascendente no puede despojarse de este carácter subjetivo del conocimiento, que afecta y deforma la aprehensión del objeto. Es decir, que la inteligencia aprehende la realidad en sí, sólo a través del modo propio subjetivo o interpretación del conocimiento. Se trata de algún modo de un retorno al inmanentismo trascendental.

Con una imagen podemos ilustrar la diferencia entre el apriori de la Hermenéutica con el apriori tomista. Este es una luz que ilumina y confiere inteligibilidad en acto al ser trascendente, tal cual él es sin deformación alguna, abstrayéndolo de la potencia de la materia individual, que impide su inteligibilidad en acto. Es como un cristal o una luz transparente que pone en acto la inteligibilidad del objeto —que estaba en potencia en la materia— sin deformarlo. Es como la luz del cine, que ilumina la película oscura y hace visible sus objetos, sin deformarlos.

En cambio, el apriori cognoscitivo de la Hermenéutica es como un cristal coloreado, que aprehende la realidad bajo el color subjetivo del cognoscente.

En última instancia, la Hermenéutica, supone un yo trascendental —no a la manera kantiana o constructiva del objeto, sino aprehensiva subjetivamente del mismo— a través del cual, el entendimiento aprehende la realidad trascendente, no tal cual ella realmente es en sí, sino como la condiciona esta actividad trascendental del sujeto. El hombre no puede aprehender el ser trascendente tal cual él realmente es, sino como lo aprehende o interpreta su actividad subjetiva apriori o trascendental.

Lo grave es que esta posición de la Hermenéutica ha penetrado en algunos círculos de filosofía cristiana, donde se confunde el apriori tomista con este apriori deformante del conocimiento.

b) El Perspectivismo de Max Scheler

No debe confundirse el perspectivismo de Max Scheler con la Hermenéutica. Max Scheler supone que la realidad trascendente —o los valores a que él especialmente se refiere— es siempre la misma; la inteligencia humana la aprehende tal cual ella es. Pese a su posición inicial fenomenológica, Scheler de hecho es un realista.

El Perspectivismo supone que el hombre es un ser histórico, y que a través de los cambios y situaciones de la historia aprehende esa realidad trascendente siempre la misma, pero desde diversas y nuevas facetas.

Esto lo ha desarrollado principalmente en su doctrina de los valores. Estos y su jerarquía ontológica son siempre los mismos e inmutables. Pero el hombre cambia históricamente y aprehende con preferencia unos valores u otros, según la época en que le toca vivir. Este perspectivismo histórico —no historicista— es completamente admisible.

La realidad trascendente, siempre la misma, posee múltiples aspectos y es inagotable. La inteligencia humana únicamente accede a la realidad trascendente bajo conceptos abstractos o aspectos de la realidad; y por eso nunca agota la cognoscibilidad de la misma, siempre puede aprehender en ella nuevas facetas. La verdad de la realidad trascendente concreta es inagotable; y por eso la inteligencia puede acceder siempre a nuevos aspectos de la misma, sin cambiarla.

De aquí que en una época histórica se aprehendan con preferencia aspectos diversos de la misma e inmutable realidad trascendente, que los de otra época. Más aún, con el correr de las épocas históricas, se descubren nuevos aspectos de la misma realidad trascendente, se acrecienta su conocimiento, permaneciendo ella siempre la misma.

Este Perspectivismo permite el acrecentamiento del conocimiento humano: va develando nuevas facetas en la misma realidad trascendente, en sí misma inmutable, presente en la inteligencia humana.

Por eso, mientras la Hermenéutica, en última instancia, deformó el conocimiento humano de la realidad trascendente e impide el acceso a ella tal cual realmente es en sí, a través de las condiciones del yo trascendental, el Perspectivismo de Scheler aprehende la realidad trascendente tal cual ella es —y concretamente los valores— descubriendo en ella nuevos aspectos a través de la posición histórica del hombre frente a ella.

Negar el Perspectivismo, sería desconocer el carácter histórico del hombre y de la inteligencia humana, que le permite descubrir nuevos aspectos o facetas de una realidad trascendente, inmutable en sí misma, porque el entendimiento humano, no es intuitivo y sólo aprehende de la realidad tal cual ella realmente es, aspectos o facetas abstractos, pero objetivos, sin agotar nunca su cognoscibilidad objetiva.